

EVENTO BRÚJULA COTIDIANA

Cardenal Sarah: "Un proyecto diabólico contra la Misa en latín"

ECCLESIA

22_01_2025



Robert Sarah*



El lunes 20 de enero, el Teatro Guarella de Milán ha acogido la presentación del último libro del cardenal Robert Sarah, "Dio esiste?" (Cantagalli), en el que el Prefecto emérito de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos responde a

una serie de preguntas sobre la existencia y la presencia de Dios en nuestras vidas.

El acto ha sido organizado por la *Brújula Cotidiana* y por la *Bussola Mensile*. Publicamos a continuación amplios extractos de la *lectio* que el cardenal ha pronunciado en dicha ocasión.

La oración es una mirada silenciosa, contemplativa y amorosa dirigida hacia Dios. Orar es mirar a Dios y dejarse mirar por Dios. Así nos lo enseña el campesino de Ars. El Cura de Ars, asombrado de verle regularmente y todos los días de rodillas y en silencio ante el Santísimo Sacramento, le preguntó: "Amigo mío, ¿qué haces aquí?". Y él respondió: "Je l'avise et il m'avise" (*¡Yo le miro y Él me mira!*).

El entonces cardenal Ratzinger, en la homilía de la *Missa pro eligendo Romano Pontifice*, dijo: "Tener una fe clara, según el Credo de la Iglesia, se tacha a menudo de fundamentalismo. Mientras que el relativismo, es decir, dejarse llevar 'de aquí para allá por todos los vientos de la doctrina', parece ser la única actitud acorde con los tiempos actuales. Se está configurando una dictadura del relativismo, que no reconoce nada como definitivo y que sólo deja como medida última el yo y sus apetencias. Nosotros, en cambio, tenemos otra medida: el Hijo de Dios, el verdadero hombre. Él es la medida del verdadero humanismo. Una fe que sigue las olas de la moda y la última novedad no es adulta; adulta y madura es una fe profundamente enraizada en la amistad con Cristo". ¡Qué dramática actualidad tiene este texto del cardenal Joseph Ratzinger!

La tarea más urgente es recuperar el sentido de la adoración y de la prostración con fe y asombro ante el misterio de Dios. Como los Magos que "se postraron adorándole". La pérdida del valor religioso de arrodillarse y del sentido de adoración a Dios es el origen de todos los incendios y crisis que sacuden al mundo y a la Iglesia, de la inquietud e insatisfacción que vemos en nuestra sociedad. ¡Necesitamos adoradores! El mundo se muere por falta de adoradores. La Iglesia se está aridociendo porque le faltan adoradores. Este es el lugar primero y privilegiado del diálogo con Dios: el Sagrario, su presencia en medio de nosotros.

Por esta misma razón, la Santa Misa es como una cita necesaria y vital con Cristo. La Eucaristía es la fuente de la misión de la Iglesia; las celebraciones sagradas y hermosas para gloria de Dios y santificación del pueblo, son fundamentales para fomentar la confianza con Él, esa intimidad divina que anhela nuestra existencia. Por esto mismo, la Santa Misa celebrada en las lenguas nacionales no debe perder nunca el

sentido de lo sagrado y no debe traicionar nunca la palabra del Señor Jesús. La Santa Misa no es una reunión social para celebrarnos a nosotros mismos y nuestras hazañas, no es un despliegue cultural, sino el recuerdo de la muerte y resurrección del Señor que, desde hace siglos, la Iglesia siempre celebra. (...)

Somos inmensamente más dichosos que el profeta Isaías: él rogaba que Dios rasgara los cielos y descendiera (cf. Is 63,19), nosotros lo contemplamos en medio de nosotros. El rey David se preguntaba de dónde llegaría la ayuda (cf. Sal 121), nosotros sabemos que nuestra ayuda está en el Señor Jesús. Toda la tradición de la Iglesia enseña que Jesús de Nazaret, Señor y Cristo, es el único salvador de la humanidad, y que en ningún otro hay salvación. Quien, fuera de los límites visibles del cristianismo, llega a la salvación, llega a ella siempre y sólo por los méritos de Cristo en la Cruz y no sin alguna mediación de la Iglesia.

Estas verdades centrales de la fe cristiana han sido reafirmadas recientemente (porque era evidente la necesidad de hacerlo) por dos documentos fundamentales: la Encíclica *Redemptor hominis* de san Juan Pablo II de marzo de 1978 y la Declaración *Dominus Iesus* del Jubileo del año 2000.

Son dos documentos fundamentales del Magisterio de la Iglesia: el primero es aquel con el que san Juan Pablo II abrió su propio pontificado, comprometiendo en él toda su credibilidad y la de la Iglesia -casi el programa del pontificado- y resumiendo lo que la propia Iglesia ha madurado a lo largo de los siglos, como conciencia de sí misma y de su propia tarea; el otro, emitido por la entonces Congregación para la Doctrina de la Fe, presidida por el cardenal Ratzinger, con la aprobación especial de San Juan Pablo II, representa el fundamento del diálogo ecuménico, en la verdad, porque sin verdad no puede haber diálogo. (...)

La Iglesia católica es “el lugar donde se encuentran todas las verdades”, escribió el gran Chesterton, hace casi cien años, descubriendo que la religión más antigua resulta ser sorprendentemente la más nueva, más nueva incluso que las llamadas nuevas religiones -como el protestantismo, el socialismo o el espiritualismo- porque, a diferencia de ellas, la tradición y la verdad católicas conservan intacta su validez desde hace dos mil años.

La respuesta a todas las preguntas que todo hombre se hace se encuentra en el cristianismo, la única respuesta posible a esa aspiración a lo Verdadero, a lo Bueno, a lo Bello, a lo Justo, que habita en el corazón de cada uno de nosotros, es Cristo. (...)

Habiendo abandonado a Dios, se ha impuesto la convicción de que el liberalismo moral conduce al progreso de la civilización. En cambio, la observación de la realidad muestra cómo este supuesto progreso es, en realidad, una decadencia moral y antropológica, una nueva forma de paganismo que ha desacralizado al hombre y sus relaciones: pretende incluso establecer quién tiene derecho a vivir, y pagan el precio los más frágiles: el hombre en el seno materno, los ancianos, los discapacitados y, por último, todos los abandonados, convencidos de que son una carga para la sociedad, para sus amigos e incluso para su propia familia.

La Iglesia, visceralmente preocupada por salvar al hombre integral en su cuerpo y en su alma, siempre ha tenido como prioridad la evangelización, la educación a través de las escuelas, y la salud humana abriendo dispensarios y hospitales. En esta defensa del hombre, de la sacralidad de su vida, no podemos permitir que los poderes de este mundo, tanto si se expresan como gobiernos nacionales o supranacionales (pensemos en la ONU y sus ramificaciones; en pactos militares de defensa que luego se convierten en ofensivos) dicten agendas utilitarias e inhumanas. Desconfiemos de la nueva ética globalista promovida por la ONU; ¡desconfiemos de la ideología de género! (...)

¿Por qué querer cambiar la propia naturaleza? ¿Por qué violarla manipulándola? ¿Por qué querer cambiar de sexo mutilando inútilmente un cuerpo creado, querido, por Dios? No debemos mutilarnos para realizarnos según nuestros sentimientos o tendencias, de un modo distinto al que Dios ha hecho de nosotros. Nos creó a su imagen y semejanza, varón y hembra nos creó (cf. Gn 1,27). Nos destruimos a nosotros mismos si queremos negar o rechazar haber nacido varón y mujer, decidiendo mutilar nuestra naturaleza de hombres o mujeres. Por el contrario, debemos entrar en la lógica de acoger la naturaleza, nuestra propia naturaleza, como un don, como un regalo gratuito del Creador que nos revela algún fragmento de su infinita sabiduría. (...)

La Eucaristía es el Sacramento más vital. Es la vida de nuestra vida. El don más precioso que hemos heredado. Y una herencia se conserva, ¡no se puede disipar!

“En la historia de la liturgia hay crecimiento y progreso, pero no ruptura. Lo que era sagrado para las generaciones anteriores, sigue siendo sagrado y grande también para nosotros, y no se puede prohibir de repente o incluso juzgado perjudicial. Es bueno para todos nosotros conservar las riquezas que han crecido en la fe y en la oración de la Iglesia, y darles el lugar que les corresponde” (Benedicto XVI). Por todo esto, el hecho de que se plantee acabar definitivamente con la Misa tridentina tradicional, es decir, un rito que se remonta a san Gregorio Magno, una liturgia que tiene 1.600 años, una Misa que

han celebrado tantos santos: san Padre Pío, san Felipe Neri, san Juan María Vianney (el Cura de Ars), san Francisco de Sales, san Josemaría Escrivá, etc. Y remontándonos hasta el Papa Gregorio Magno (590-604) e incluso hasta el Papa San Dámaso (366-384). Este proyecto, si es real, me parece un insulto a la historia de la Iglesia y a la Santa Tradición, un proyecto diabólico que querría romper con la Iglesia de Cristo, de los Apóstoles y de los Santos.

El Papa Benedicto XVI nos recuerda que “el Concilio Vaticano I no definió en absoluto al Papa como monarca absoluto, sino, al contrario, como garante de la obediencia a la Palabra transmitida: su autoridad está ligada a la tradición de la fe: esto vale también en el ámbito de la Liturgia. No está ‘hecha’ por un aparato burocrático. Incluso el Papa sólo puede ser un humilde servidor de su correcto desarrollo y de su permanente integridad e identidad... La autoridad del Papa no es ilimitada; está al servicio de la Sagrada Tradición”.